

## Dos reyes para una República

El año 1873 se inició con oscuras perspectivas para Amadeo de Saboya. Mi padre me tenía al tanto de los avatares políticos de aquella España fragmentada en pretendientes y en injusticias y mantenía mi insaciable curiosidad por los recientes levantamientos en Cuba. La guerra en la Isla se había convertido en una guerra de guerrillas, Máximo Gómez y Calixto García eran los generales más sobresalientes del bando cubano, pero no los únicos.

—Aparecen generales y cabecillas por todas partes —decía mi padre, mientras ojeaba un ejemplar de *La ilustración española y americana*.

—Luchan por su patria, padre.

—Y queman ingenios, haciendas, plantaciones y todo lo que encuentran.

—Es una forma de luchar, tenga en cuenta que para ellos no hay salida: o esto o someterse a los propietarios y tragar con la esclavitud. Cuba está en manos de hacendados y esclavistas, no de su pueblo —sentencié convencido.

—Joan, me parece que llevas tus ideas demasiado lejos, considera los intereses de España, de Catalunya... de todos.

—No, padre, éstos son los intereses de unos pocos, no de todos.

Pero España tenía más problemas que los exteriores. Hacía poco menos de un año que el pretendiente carlista había iniciado una guerra fratricida para ocupar el trono. Carlos María

de los Dolores de Borbón y Este —otro nombre, sinónimo y anuncio de sufrimiento para muchos españoles—, Carlos VII para sus partidarios, lanzaba una proclama ofreciendo a Aragón, Cataluña y Valencia la devolución de sus fueros a cambio de apoyo.

A quien nadie apoyaba en absoluto era Amadeo. Los republicanos por razones obvias, los alfonsinos porque ansiaban restaurar el poder borbónico, y los carlistas porque pretendían instaurar una nueva dinastía. Los gobiernos del de Aosta caían con la misma facilidad con la que los partidos rompían coaliciones y pactos. Un asunto de segundo orden, la cuestión de los artilleros, fue el detonante. Y el rey Amadeo, probablemente el primer rey de España verdadera y honestamente constitucional, dimitía. Aquel once de febrero, con Amadeo marchaba a Italia el sueño de regeneración monárquica del general Prim. Ese mismo día se proclamó la República.

Un nuevo aire de esperanza recorrió España. Yo andaba entusiasmado por la facultad; esperé a que llegara Josep para ir juntos a la plaza de Sant Jaume. Allí volví a vivir los mágicos momentos de 1868. La multitud voceaba enfervorecida frente al palacio de la Generalitat. Los gritos y vítores a favor de la República y el federalismo se mezclaron con algunos que reclamaban la creación inmediata del llamado «Estat Català». La plaza se llenó, como el día de «La Gloriosa», sólo que esta vez las organizaciones proletarias eran más visibles, estaban más patentes. Busqué la bandera con la leyenda de «¡Viva la libertad!». La busqué en la plaza y por las calles de alrededor, pero no la encontré. Y vi muchas: republicanas, catalanistas, obreristas... muchas, pero no una que unificara, que representara a todos; ¿acaso no teníamos los mismos objetivos? La fiesta continuaba en la plaza; me abracé a Josep, que parecía venturoso pero distante. Llegué a casa subiendo los peldaños de dos en dos, como siempre.

—¡Mamá, la República! ¡La República y el federalismo!

Mi madre me besó emocionada.

—¡Por fin un gobierno del pueblo! —dijo, esperanzada—. Cuéntame lo que has visto en la calle —y sus ojos se iluminaron llenos de solidaria emoción.

Relaté a mi madre el clamor de las gentes, la fausta bullanga de los vítores y la palpable confianza de un pueblo en un futuro mejor. Ella me acarició con sus hermosas y largas manos, como los senderos que conducen a la Libertad.

Estanislao Figueras fue el primer presidente de la recién nacida República. En Cataluña, federalistas e internacionalistas asumían el control del Principado. El ejército regular fue disuelto y los llamados «Voluntarios de la República» se convirtieron en el ejército del pueblo e incluso en las fuerzas de seguridad ciudadana. Nuestro amigo Cerdá salió elegido presidente de la Diputación de Barcelona. Los federalistas ocuparon muchos de los escaños del nuevo Congreso.

Una mañana de marzo en que un endiablado viento doblegaba a los tiernos plataneros de la ciudad, tuvimos visita en la facultad. Dos oficiales del cuerpo de voluntarios solicitaron permiso al decano para hablar con los estudiantes. Las clases se suspendieron y reunieron a todos los cursos en el anfiteatro de Anatomía. Josep y yo nos sentamos cerca de la presidencia, entre los bustos de Pere Virgili y Carlos III. El más alto y enjuto de los dos oficiales tomó la palabra:

—Somos miembros de los batallones de voluntarios, nuestros objetivos inmediatos son derrotar a las fuerzas carlistas en Cataluña y consolidar la República —después de una pequeña pausa, prosiguió—: precisamos voluntarios.

En este punto continuó el más bajo, que era el de mayor graduación.

—Catalunya apuesta por una república federalista. La Diputación de Barcelona se ha convertido en el nuevo Gobierno catalán, tenemos que defenderlo de los ataques externos e internos.

Se acarició la barba con un gesto estudiado y, elevando el tono de voz, declaró:

—Vuestro decano concederá aprobado general a los que se alistén. ¡Defendamos la República! —concluyó exaltado.

Al oír esto se levantó un rumor entre los presentes y nos miramos los unos a los otros sorprendidos. Hubo un turno de preguntas y, después de algunas respuestas y aclaraciones, se despidieron. Varios alumnos se alistaron. Yo, que conocía la oculta atracción de Josep por la milicia, empecé a buscar argumentos para quitarle la idea de la cabeza.

—Los médicos son muy necesarios, es mejor que terminemos nuestra carrera.

Josep me miró a los ojos:

—Tengo algo que decirte, Joan: voy a alistarme —vaciló un momento, tomó aire y continuó—. Voy a alistarme en el ejército carlista.

Quedé paralizado, no sabía qué decir de lo sorprendido que estaba.

—No creo en esta república, Joan. Dudo que Catalunya saque algo positivo de todo esto.

—Evidentemente va a ser difícil —le respondí—, pero la eficacia de la nueva república se conseguirá en el futuro. Dale tiempo.

—No, no lo creo. Cuando el sistema se consolide, la alta burguesía y los caciques tomarán el Parlamento y volverán a despojar al país de sus libertades.

—¿Y qué crees tú que hará un rey absolutista, un botarate como el pretendiente Carlos!?! —Pregunté elevando el tono de voz.

—¡Carlos no es absolutista! —respondió airado Josep—. ¡Está dispuesto a devolver los fueros a Cataluña!

—Está dispuesto a ganar adeptos al precio que sea. Es otra monarquía, volver atrás, regresar al pasado. —Le refuté.

Josep bajó la cabeza pero no abandonó su empecinamiento. Me di cuenta de que no iba a convencerle, había tomado una decisión firme y yo sabía de su carácter obstinado y terco. Nos miramos y nos abrazamos con fuerza.

—Siempre seré tu amigo, Josep, estés donde estés, al margen de las ideas —le dije sincero.

—Sí, Joan, nuestra amistad debe perdurar, debe situarse por encima de las decisiones y circunstancias personales, incluso cuando duelan.

Le vi salir llevándose parte de mí. Presentí que aquella no era una despedida definitiva y que nuestros caminos volverían a encontrarse. Estaba en lo cierto. Fuera, el viento soplabá con fuerza sobre la ciudad. Me compadecí de los jóvenes e indefensos plantaneros. Y de mí.

Las aulas parecían distintas sin Josep, la plaza del Pino estaba solitaria, las Ramblas, vacías. Dejé de asistir a las tertulias del Café Nou. Ni siquiera acudía a las representaciones del Liceo, donde nuestra admirada Rosita había llegado a primera bailarina. Una sensación de ausencia me sacudía. Me refugié en las reuniones de los jueves y en mis estudios. El calendario fue avanzando. Aquel año los exámenes se adelantaron y comencé a realizar prácticas en el hospital de La Santa Cruz, a la vez que iniciaba el último curso.

Me dio una alegría inmensa recibir noticias de Maite. Se había casado hacía dos meses y trasladaban a su marido a Barcelona como capitán de voluntarios. Me sentía ilusionado por verla de nuevo, sobre todo después de la marcha de Josep, por eso acudí presto a su casa nada más saber que habían llegado. Abrió la puerta ella misma, estaba radiante. Había recogido su melena rubia en un tocado que dejaba ver su largo y sensual cuello.

—¡Joan, por fin! ¡Cuántas ganas tenía de verte!

—Y yo, Maite... ¡Qué guapa estás! —respondí azorado.

Entramos en la casa; el salón, de aspecto cómodo, lo presidía un retrato de Alberto en uniforme de capitán.

—Está ya en el frente, marchó ayer con su compañía —dijo Maite a modo de comentario.

Nos sentamos en un precioso tresillo de estilo imperio. Las sinuosas formas del mueble y la presencia de Maite crearon un clima cálido y acogedor. Estuvimos conversando animadamente mientras preparaban la cena. Ella no paraba de hablar. Sonreía de una forma muy peculiar cuando quería pedir mi aprobación sobre lo que contaba. Yo la escuchaba embelesado. Conteniendo la respiración, le tomé la mano; Maite acarició la mía con un gesto amistoso y acercando su rostro me besó en la mejilla.

—La cena está servida —dijo una doncella desde la puerta del comedor.

El hechizo quedó roto y volvimos a la realidad. Durante la cena continuamos conversando y recordando a los amigos, sobre todo a Joaquín y a Josep, imaginando las playas de Sitges y aquella luna envuelta en misterio. Nuevamente nos dejaron solos y el clima de confianza subió al unísono con el tono de mi corazón.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

—Creo que sí —respondió—, sin embargo la felicidad cambia según el momento y la persona. Si por dicha se entiende un hogar y un marido a quien respetar y a quien amar, soy dichosa. Si por felicidad se interpreta ser cómplice del mar y del cielo, enamorarse con la luna, contar los minutos que faltan para que amanezca, ser libre, si así se entiende la dicha, debo reconocer que he sido más dichosa que ahora. —Y su rostro se iluminó como aquella noche en la puerta de los Llopis en Sitges.

Al despedirnos me tendió su mano. Esta vez fui yo quien la besó en los labios.

Ya en la calle me di cuenta de lo tarde que era. La ciudad estaba aparentemente desierta, como si de repente me hubiesen dejado solo en Barcelona. Me sentía tranquilo y decidí pasear hasta casa, despacio, sin prisa, jugando con la fantasía y los recuerdos. Atravesé la Plaça de Catalunya admirándola como si fuese la primera vez que la veía. Al llegar a las Ramblas me crucé con los primeros obreros que se dirigían a las fábricas y talleres: gorras de visera, alpargatas y trajes de paño y pana; algunos andaban solos sin otra compañía que sus pensamientos; otros, en pequeños grupos, juntos padres e hijos, niños de once y doce años orgullosos de ganar un jornal para su familia. En la mano, las fiambreras preparadas por madres y esposas, pues la jornada iba a ser larga: doce, quizá catorce horas, quizá más. Sus conversaciones resonaban en las vacías Ramblas y los aires andaluces, aragoneses y extremeños, se mezclaron con las expresiones catalanas; todos obreros y todos al tajo. Y así se construía la Cataluña industrial y emprendedora: con el capital de unos pocos y el esfuerzo de muchos.